

## Otra plaga de la familia: El exceso de licor

HUGO ESTRADA

El taxista que me llevaba al aeropuerto de Bogotá, al pasar por un edificio de muchos pisos, me dijo: «Allí tengo mis acciones». Me quedé sorprendido, pues veía que el chofer era muy pobre. El taxista se sonrió y me dijo: «Es la licorera más importante del país; allí va a parar el dinero de la mayoría de este país».

Una gran verdad me estaba diciendo aquel chofer con su broma. El licor es una de las grandes plagas de nuestros

En la actualidad,  
nadie desconoce  
lo terrible  
que es el licor.

países. Cada familia tiene su historia negra con respecto al licor. Son muchos los hogares que se desmoronan cada día debido al alcoholismo.

La Biblia narra el caso de un buen hombre, Noé, que después del diluvio encontró unas uvas; le gustó en demasía su jugo; bebió y bebió hasta que se emborrachó y dio un pésimo espectáculo ante su familia. Noé lo hizo inocentemente. Desconocía los fatales efectos del licor. En la actualidad, nadie desconoce lo terrible que es el licor. Estamos acostumbrados a ver, con horror, cómo cambia la personalidad de los individuos bajo el efecto del licor. Se embriutece. Insultan. Golpean a los seres más inocentes. Atropellan. Se animan. Sería conveniente que a los borrachos se les tomara

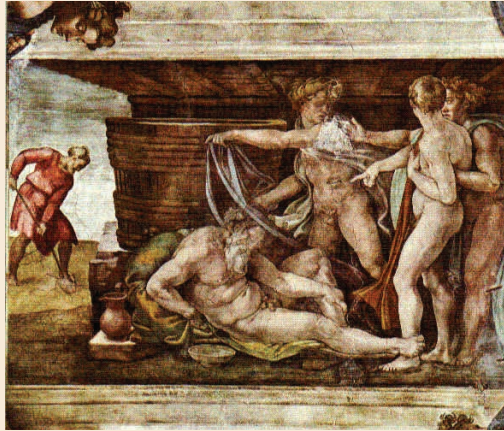
un «video» y se les mostrara después para que se pudieran contemplar «animalizados». Son muchas las esposas mártires que esconden su triste historia de golpes, de injusticias, de pobreza, a causa del maldito licor. Abundan los hijos, que han quedado traumatizados para toda la vida por los excesos de licor del papá o de la mamá. De allí vienen su ansiedad, inseguridad, miedos, terrores. ¡Y pensar que muchos de esos hijos, al no poder resolver más tarde sus traumas, terminarán por seguir las huellas del papá alcohólico!

Después de la Navidad, llegó un señor llorando; durante la fiesta se había emborrachado y había armado un escándalo en su familia. Estaba avergonzado. Le dije: «Con llorar no se arregla nada; usted necesita demostrar con los hechos a su familia que está arrepentido y que no va a repetirse lo de la noche de Navidad».

El Señor tiene indicaciones muy concretas para casos críticos de la vida. Dice el Jesús: «Si tu ojo te hace caer en pecado, sácatelo y échalo lejos de ti; es mejor que pierdas una sola

parte de tu cuerpo, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno» (Mt 5, 29).

En ciertas ocasiones especiales, el Señor nos exige tomar medidas drásticas. A algunos, que tienen propensión al alcoholismo, el Señor les exige



que ni siquiera huelan el licor. Mientras no se decidan a tomar esa medida «radical», estarán demostrando que no se han convertido; que no están haciendo la voluntad de Dios. Si alguien continúa emborrachándose, no se puede llamar cristiano, seguidor de Jesús. Si no ha cortado con el vicio del alcoholismo, es señal de que su conversión es «ficticia»; el que de veras ha «nacido de nuevo», no puede estar reincidiendo continuamente en borracheras.

Es una vergüenza para nuestra Iglesia que muchas fiestas patronales degeneren en excesos de licor, en escándalos. Es una inconsecuencia llamarse cristianos, y no poder celebrar una sencilla fiesta familiar sin que haya borrachos y liviandades, propias de personas sin Dios, y no de familias que se llaman cristianas.

Al enfermo, que se encontraba paralítico junto a la piscina de Betesda,

el Señor le preguntó: «¿Quieres ser curado?» (Jn 5, 6). Parecía una pregunta sin sentido; se suponía que aquel paralítico estaba allí porque deseaba su curación. La pregunta de Jesús tiene mucho sentido. Muchos enfermos, en el fondo de su subconsciencia, no quieren ser curados; tienen miedo de ser libres; tienen temor de afrontar su nueva situación de gente sana. A muchos enfermos de alcoholismo habría que preguntarles si, de verdad, quieren ser curados. Muchos están aferrados a su botella, que les ayuda a atontarse para no ver su realidad indeseable.

Con gozo he podido constatar cómo, cuando una persona se convierte de veras y se entrega al Señor, su problema de alcoholismo se esfuma inmediatamente. San Pablo decía: «No se emborrachen con vino, sino llénense del Espíritu Santo» (Ef 5, 18). El que está lleno del Espíritu Santo, tendrá la fuerza suficiente para resistir la mala inclinación hacia el licor. El que tiene el gozo del Espíritu, no tendrá que buscar el gozo artificial en el fondo de una botella.

Si alguien ama a su familia, si no quiere convertir a su esposa e hijos en mártires de su alcoholismo, debe en primer lugar llenarse del Espíritu

Es una inconsecuencia llamarse cristianos, y no poder celebrar una sencilla fiesta familiar sin que haya borrachos y liviandades,

Santo, que le proveerá del poder de lo alto para hacer frente a la tentación del licor; luego debe tomar la firme determinación de ni siquiera oler el licor, pues el Señor le pide que le entregue ese ídolo que lo está fascinando. Mientras el que tiene el problema con el licor no haya tomado estas determinaciones drásticas, continuará siendo zarrado por el licor y no dejará de ser un verdugo para su familia.

